

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

GUILLERMO PERRÍN



¡Quisieran valer lo que él
más de cuatro periodistas
que cuando escribe revistas
le sacan tiras de piel!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¿Que si no te conozco?, por Eduardo Bustillo.—El dramaturgo desventurado, por Juan Pérez Zúñiga.—Paliq, por *Clarín*.—El calvario, por Sinesio Delgado.—No hay tales borregos, por Antonio Sánchez Pérez.—El peor de los oficios, por Calixto Navarro.—Lo vulgar, por Antonio Montalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Guillermo Perrín.—Actualidades.—Entre ellos, por Cilla.



Han sido elegidos diputados una porción de sujetos pertenecientes á la dilatada familia de los insignificantes.

Si hace ocho días me hubieran dicho que Joaquín, el niño de los señores de Cachucha, iba á venir á las Cortes con un acta, me hubiese reído de la noticia, porque Joaquín—y no trato de ofenderle—es una de las personas más insustanciales que se pasean por la Carrera de San Jerónimo.

Pero está muy bien relacionado, y su tío, que en paz descanse, era íntimo de Fabié, hasta el punto de vivir en la misma casa de huéspedes y ponerse el uno la ropa del otro, porque los dos tenían el mismo cuerpo; de manera que Joaquín, invocando el nombre de su tío, consiguió que Fabié le apoyase en las elecciones, y hoy es tan diputado como puede serlo el mismo conde de Malladas.

Hasta ahora el pobre chico no tenía más que estas dos grandes aspiraciones: que le quisiera una corista de Apolo y que le compraran un impermeable con esclavina; pero llegó á obtener la investidura parlamentaria sin haber logrado ninguno de los dos deseos, y con el triunfo lo echó todo en olvido. Hoy ya no piensa más que en ir á las Cortes y sentarse en los bancos de la mayoría para que le vean las señoras de la tribuna, á cuyo efecto ha mandado á casa del sastre la levita negra para que le mude la trencilla.

Pronto hemos de verle por ahí con sombrero de copa á todo pasto y guantes amarillos, y aun es posible que me saludé con desdén, como cierto diputado de la pasada legislatura que me retiró el saludo en cuanto se sintió personaje, y lo mismo era verme se metía en un portal, fingiendo que iba á atarse las cintas de los calzoncillos, para evitar mi saludo.

La exaltación de Joaquín á la silla parlamentaria ha sido recibida en el hogar paterno con señales de regocijo.

El papá creyó volverse loco de alegría, y la mamá lo primero que dijo fué que iba á hacer un flan para mandárselo á Fabié en prueba de agradecimiento.

—No, no—objetó el padre.—Un flan no es cosa apropiada. Ya ves tú si los ministros tendrán flanes de sobra. Lo mejor será que Filito le borde una relojera ó unas zapatillas.

Filito, la hermana del diputado electo, acogió con benevolencia la proposición y puso manos á la obra.

Á aquella casa acudieron todos los parientes y amigos de confianza, para felicitar al joven parlamentario y ver si había convite.

—Buena suerte han tenido ustedes—decía una señora muy malintencionada.—¿Quién iba á figurarse que Joaquito llegaría á ocupar ese puesto? Yo siempre creí que pensaban dedicarle ustedes á la música, porque como en toda su vida no ha hecho otra cosa más que tocar el violín....

—Hace un año que lo dejó completamente—dijo la madre del interesado.—Á él lo que le gusta es la política, porque se ascien- de muchísimo. Mire usted, nosotros teníamos un conocido que era vidriero, y un día se cayó desde un cuarto principal, á tiempo que pasaba por debajo un primo de Sagasta. Al hombre le

entró cariño por el vidriero, y no sabiendo qué hacerse con él, le presentó candidato por la provincia de Logroño. El caso fué que el vidriero vino á las Cortes y poco á poco se fué labrando un porvenir, y hoy está casado con una viuda que tiene dos casas en la calle de la Gorguera.

Joaquín no ha presentado todavía su acta en el Congreso y ya ofrece protección á todo el mundo.

Á un vecino del piso cuarto, que está cojo, le ha prometido colocarle como inspector de la Tabacalera; á una amiga de su madre le ha asegurado solemnemente que le sacará una pensión, en clase de viuda.

—Bueno—dice ella,—pero mi esposo no ha sido empleado ni militar....

—¿Qué ha sido entonces?

—Barítono.

—No importa. Diremos que murió sobre las tablas, defendiendo el arte lírico nacional.

—En eso no va usted descaminado, porque él contrajo su enfermedad haciendo una zarzuela de D. Mariano Catalina. No había hecho más que decir cuatro versos, y le tiraron á la cabeza una sandía. Aquello lo desconcertó completamente y desde entonces ya no tuvo un solo día bueno.

La portera de casa de Joaquín le detuvo ayer en el portal para decirle:

—Que sea enhorabuena, señorito.

—Gracias, Nicanora.

—Ya sabemos que le han hecho á usted *diputao*.

—Sí; he salido por gran mayoría.

—Pues queríamos pedirle á usted un favor.

—Todo lo que usted quiera.

—Mi marido tiene una pierna *hinchá*, y por más cosas que le damos no conseguimos verle bueno, lo cual que nos hemos acordado de usted, porque con su influencia quizá se pueda conseguir algo.

—Tomaré nota—dijo Joaquín, sacando la cartera.

Y ebrio de felicidad, al verse objeto de las instancias de todo el mundo, entró en el café donde nos reunimos diariamente y se puso á retorcerse el bigote y á dirigir miradas á su alrededor, como si quisiera decir al mundo entero:

—¿Eh? ¿Qué tal? Parece que soy una persona cualquiera, y sin embargo, acaban de elegirme diputado á Cortes.

Pero en aquel momento notó con bastante enojo que tenía descosida toda la elástica por la parte de arriba, y pretextando una ocupación urgente, salió del café y se dirigió á su casa muy incomodado.

—Mamá—dijo quitándose la levita y arrojándola furioso sobre el sofá del gabinete,—¿dónde estás?

—¿Qué te sucede, hijo mío?—preguntó la buena señora acudiendo asustada.

—¿Te parece decente que un diputado á Cortes lleve descosida la ropa interior?—exclamó Joaquín, dejándose caer desfallecido sobre una silla.—¿Si mis enemigos políticos conocieran este detalle!

Y hundió la frente en las manos para meditar acerca de la conveniencia de surtirle de ropa blanca.

LUIS TABOADA.

— * —
¿QUE SI TE CONOZCO?....

¿Que si te conozco? ¡Vaya! ¿y tu acento disimulas y el rostro cubres para esa tan inocente pregunta?

Para que no te conozca á los disfraces no acudas, pues más he de descubrirte cuanto tú más te me encubras.

¿Que si te conozco? Creo en la verdad de esa duda, porque en ella hay algo franco que de soberbia te acusa.

Sí; te veo toda entera, como no te he visto nunca; que, al descubierto, fingías virtudes que no eran tuyas.

Aquel tu temblar cobarde del salón en la penumbra, huyendo de las lisonjas con que amor liviano triunfa;

y la caída de párpados de ángel que al mirar se turba, y aquel oír con descuido de quien con cuidado escucha; tu horror á las desnudeces que en las hermosas deslumbran; tu mano huyendo apretones, tu cuerpo huyendo apreturas: todo aquello era mentira, tinte que pudor simula, más falso que el tinte de oro que hace á la morena rubia.

Con disfraz eres tú misma; ahora, que el ingenio aguzas, descubres atrevimientos que tus flaquezas denuncian.

Tu atiplada voz me enseña las raíces más profundas del odio que te inspiraron mujeres de más fortuna.

La ayer mentida alabanza
hoy en tu boca es calumnia,
y aquel fingido respeto
es ya descarada burla.

Aquí no tiembles hipócrita,
ni actitud de ángel estudias,
ni ante el osado te ofendes,
ni á los viciosos te ocultas.

Bajo el mal velado rostro
tu carne á la luz fulgura;

del tafetán por los huecos
caricias tus ojos buscan.

Y aprietas aquí las manos
que han de estrechar tu cintura,
y es ya la vestal fingida
bacante que Dios confunda.

Ya ves cómo te conozco
cuando más te desfiguras;
que aquí eres tú toda entera,
en cuerpo y alma desnuda.

EDUARDO BUSTILLO.

EL DRAMATURGO DESVENTURADO

MONÓLOGO

«Un día, en Albarracín,
sentí bullir una cosa
por dentro de mi magín,
y di á luz un drama en prosa
titulado *El Calceñin*.

No me las echo de autor,
pero dije: «Pues señor,
¿qué haré yo para comer?»
Y no sabiendo qué hacer,
hice un drama superior.

¡Superior! No me retracto
de afirmarlo, aun siendo mío.
¡Lo que disfrutó mi tío
cuando leyó el sexto acto,
que es en donde empieza el lío!

Después de leer la obra
con éxito á mi mamá,
se la leí con zozobra
á cierto escritor que ya
tiene experiencia de sobra,
y me dijo: «Bernabé,
gastemos poca saliva.
Créame usted y no escriba,
pues *El Calceñin* de usted
no es del género que hoy priva.»

¿No ha de privar, Dios eterno?
Siendo el drama rechazado,
á mí me priva de un terno
que ya tenía pensado
co mprarme para este invierno.

La reforma fué precisa.
Di al drama forma concisa,
le quité al acto primero,
puse escenas al tercero
que hacían morir de risa,

y hecho comedia quedó,
y á Mario se la leí
y no sé si le gustó,
porque me dijo que no
volviera más por allí.

Creyendo yo necesario
hacer del drama zarzuela,
se lo di á mi primo Hilario,
que á más de ser boticario
sabe tocar la vihuela,

y escribe con tal frescura
música alegre, que pasma.
¡Pero, por mi desventura,
en vez de una partitura,
compuso una cataplasma!

La música rechazé,
rompí con mi primo el pacto,
y el que un tiempo drama fué
quedó reducido á un acto,
y á Eslava me lo llevé.

Al reclamarlo aburrido,
me dijeron: «Se ha perdido.»
Y he pasado un año entero
sin saber el paradero
de mi engendro maldecido.

Mas ayer probé en la cena
que me dió Pepe Santonja
un queso de *tez* morena,
procedente de la lonja
de *La Fama*, que es muy buena,
y me quedé patitieso
viendo impresas en el queso
dos escenas de mi drama.
¡Le habían comprado al peso
en la lonja de *La Fama*!»

Por no saber firmar,

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE

Acaba de publicarse una novela del insigne escritor montañés Pereda, y yo no veo que los papeles hablen de ella, aunque no sea más que para anunciarla. Ya se ve, Pereda es provinciano, vive muy lejos de la corte y sus reclamos; no sabe *faire l'article*, ni siquiera de ese modo disimulado que emplean algunos escritores que se las dan de muy superiores á los halagos del bombo, y subrepticamente, y negándolo si á mano viene, solicitan los favores de los periodistas nacionales y extranjeros....

Pero en fin, ello es que se ha puesto á la venta NUBES DE ESTRÍO al mismo tiempo que muchos votos, que se han despachado tan deprisa como se despachará el libro de Pereda.

Porque, sí, señor, no falta quien venda el voto, aunque no son los obreros precisamente, como quería Cánovas. Sea de esto lo que quiera, algo perjudica, por el momento, á la novela de don José la efervescencia, digámoslo así, del puchero electoral.

La prensa no puede hablar de libros buenos estos días, porque necesita llenar sus columnas con los nombres de esos Fernández, López y González destinados á formar el futuro y próximo montón anónimo.

¡Y el decir que hasta tiros hay, y cuchilladas, y orejas cortadas, por el afán de ir á Madrid, á dejarse llamar *rural*, y montón, é inclusero, etc., etc.!

¡Pobres López, Fernández, González, etc., etc. Les cuesta un dineral y algunos chichones pescar el acta, y ya saben á lo que vienen.... á callar como muertos y pasarse horas y horas todos los días oyendo hablar á Moret, á Canalejas, á Labra.... en fin, á los que hablan porque no lo pueden remediar.... «Y esto es el sistema parlamentario!», dirán para sus gabanes sin pieles Fernández, González y López.

Y ¡ay de ellos si osan pedir la palabra y decir cuatro (como decía Nieto) con el acento de la tierra! Se les vendrá encima la tribuna de periodistas, y habrá tempestad de siseos, toses y risas....

En un momento se hace un López de esos una reputación de

Carulla, de Doctor Garrido, etc., etc., ó de Fabié. Con preguntar tres ó cuatro veces por una carretera le basta para que se rían de él los gacetilleros y le saquen á bailar en todos los artículos *satíricos* de una temporada.

Y, á pesar de todo, cada vez vienen más Fernández y Rodríguez á las Cortes.

Y quien dice Fernández y Rodríguez dice, por supuesto, el marqués de Tal y el barón de Cual, que intelectualmente son los mismos López.

Va á llegar día en que, si se pone á votación, resulte que se dice *haiga*.

De mi tierra van algunos, bastantes, diputados que ni siquiera se atreverán á decir *esta acta es mía* cuando esté abierto el establecimiento.

Se necesita mucha fantasía para figurarse al marquesito de Tal y al barón de Cual y á Juan Pérez y Pérez como genuinos legisladores.... El refrán dice «el que hace la ley hace la trampa.»

Pero el sistema lo ha vuelto del revés, y ahora el que hace la trampa es el que después hace la ley.

Hay mucho que hablar sobre esto del sistema parlamentario en España.

Buena es la democracia, buena; pero.... ¡si esto no es democracia! ¡Si esto es una especie de *billar romano* de esos que la guardia civil tiene que prohibir en las ferias!....

¿Que me representa á mí el marquesito de Tal, ó el barón de Cual ó Juan Fernández? ¡Qué han de representar! ¡Vive Dios que no hay tal cosa!....

¡Cuatrocientos diputados!

¿Por qué ha de haber cuatrocientos diputados?

Yo creo que sobran los *ceros*.

Sí; con cuatro padres de la patria habría bastante.

Lo que es por mí me contentaba con el Sr. Labra, para que estuviese hablando solo toda la legislatura.

Y los demás á trabajar.

Y cito á ese señor, porque *ello mismo lo dice*: el sistema parlamentario es *pa.... Labra*.

Y otros como él.

Martos, Moret, por ejemplo.

¿Qué bien habla Martos!—dice el mundo entero.

Lástima que no tenga nada de particular que decir.

¡Valiente *Biblia* la que se compusiera con la colección de los discursos de Martos!

A ver, ¿quién me enseña una *idea*, una sola, de Martos?

Pero dejemos á D. Cristino, que hartó tiene con su derrota de Valencia, donde *salió....* por la luna.

Campoamor ha dicho:

«Tengo el honor de despreciar la gloria., Y yo digo: tengo el honor de no creer en el sufragio universal traducido al castellano por académicos como Cánovas, Silvela y Pidal.

¿Quiéren ustedes la *síntesis* de los barbarismos y solecismos é idiotismos del sufragio traducido por Cánovas? Pues oigan.

Salmerón no será diputado probablemente.

En cambio tiene asegurado el triunfo por Chulvi el señor Chelva.

Digo no, al revés: por Chelva el Sr. Chulvi.

¡Oh política! ¡oh España!

Y todavía hay quien pregunta *qué nos quiere decir Marte* con las señas que parece que nos hace.

Pues está bien claro, las muecas del planeta vecino quieren decir.... que Marte se está burlando de nosotros.

No faltará quien diga: Pero este *Clarín* ¿no es *evolucionista* en política?

Sí, señores; pero quiero una evolución como la locomotora del paleta: que lleve los caballos dentro.

Porque si no, créame mi ilustre amigo y jefe el Sr. Castelar: sólo pueden pensar que *esto se mueve....* los que estén mareados.

CLARÍN.

EL CALVARIO

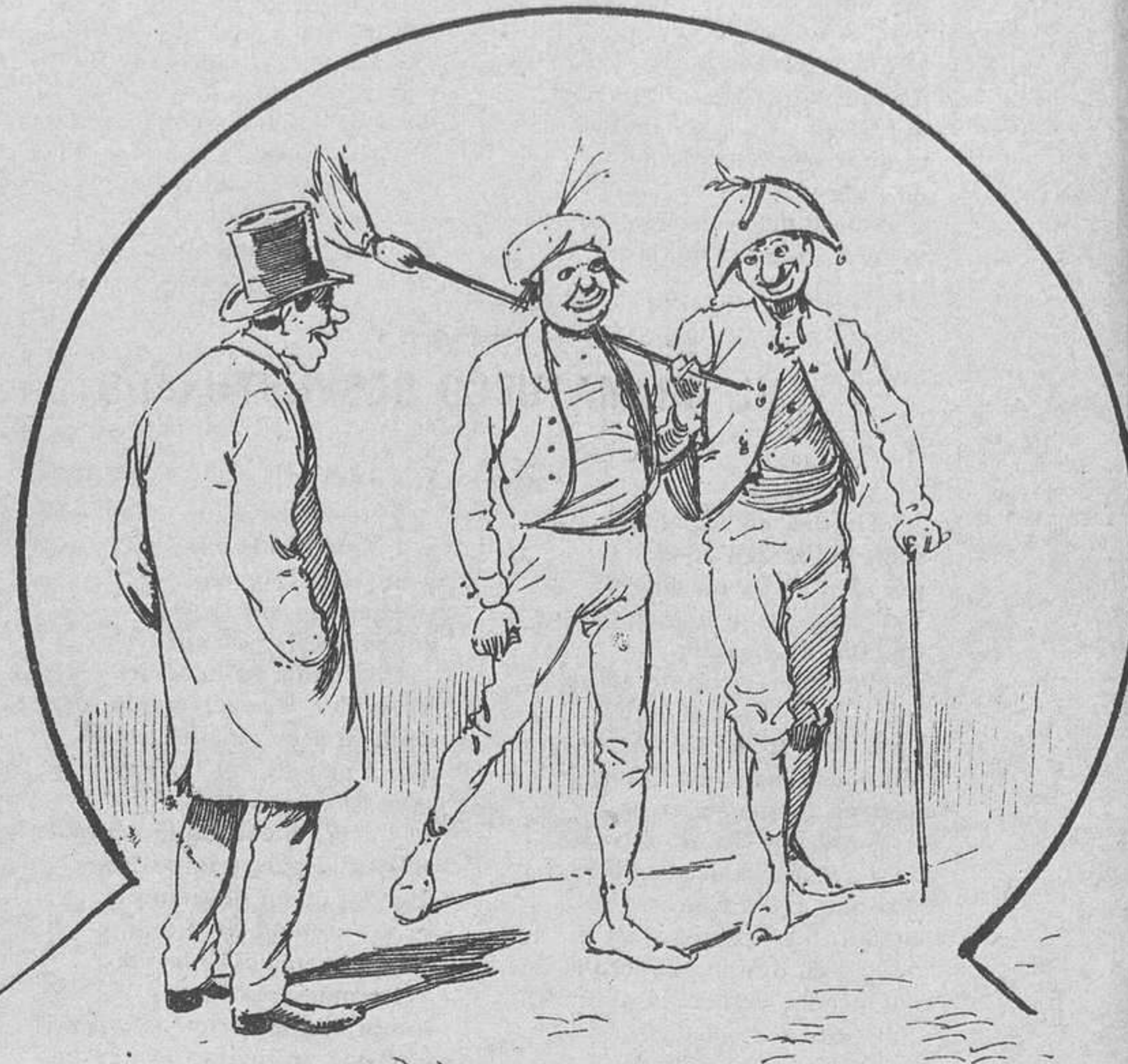
Juan, peón de albañil, tenía un chico que, en opinión del padre, era una perla. Por él, encaramado en el andamio, se exponía á romperse la cabeza y no echaba unas copas los domingos ni se compraba nunca blusa nueva. Al volver á su casa por la noche, fatigado y rendido de la brega, se acercaba á la cuna del muchacho y se pasaba allí las horas muertas, con la cara del ángel escondida entre sus barbas sucias y revueltas, cantando á media voz las dulces coplas lentas y tristes de la *nana* eterna.

Un día el chico se murió. ¡Los niños se mueren casi todos! La miseria, tras de ayudar al mal ó prepararle, no permite el socorro de la ciencia. Juan empeñó la capa pingajosa

ACTUALIDADES



La cosa está en vestirse con mucho cuidado para que nadie caiga en la cuenta de quién es el marido.



—¡Qué demonio de muchachos éstos! Son felices con una pequeñez cualquiera.



—Tú no debes de ser de aquí.
—En qué lo has conocido?
—Pues en que.... los madrileños no son tan complacientes.



—¡Rediós! ¡Cómo me estoy divirtiendo!



—¿Que no estás bien? ¡Pos si paices una bailarina de las más guapas!



—Allí van las de Angulez. Voy á darlas una bromita muy grande y á decirles de paso que se han recibido los madapolanes de rayas.



Matrimonio de turcos.



—Nada, ¡hoy la corro!



—¿Qué hacía usted?
—Buscar pareja para el baile.
—Pues venga usted conmigo.
—No me da la gana, porque usted no es más que media pareja.



—Y nosotros, ¿para qué nos vamos á poner caretas?



El demontre clásico.



El del jabón del Congo, para el cual todo el año es Carnestolendas.



Lo más finito de la clase.



¿Me conocen ustedes?

y compró un ataúd por seis pesetas.
El mismo le cerró, se le echó al hombro,
y una tarde de toros, tarde espléndida
en que Madrid entero rebullía
y se lanzaba ansioso á las afueras,
fué á enterrar allá lejos aquel hijo
que era el único imán de su existencia.
Lloraba el infeliz, y sobre el yeso
que le pintó en el rostro una careta
resbalaban las lágrimas, grabando
los surcos que el arado hace en la tierra.

Restallaban los látigos, crujían
abrumados del peso ejes y ruedas,
y entre el ruido de alegres cascabeles
y el inmenso barullo de la fiesta,
la carretera de Aragón arriba
iba subiendo Juan, muerto de pena,
sólo con sus dolores, ¡hala, hala!
con la cajita de su niño acuestas.
A fuerza de codazos y empujones
pasó la Plaza y se acercó á las Ventas.
Allí no pudo más. Los merenderos
rebotaban de gente, las parejas
bailaban en redor del organillo,
de vino y goces y entusiasmos ebrios.
Vibraban en el aire los rumores
de risas, chicoleos y blasfemias,
y era el contraste tan brutal, tan duro,
que perdió el desgraciado la cabeza
y, sintiendo una angustia indefinible,
dió con su cuerpo y con la carga en tierra.

Cesó por un instante el bailoteo,
se quedaron vacías las tabernas,
y aumentaron los grupos de curiosos
á punto de obstruir la carretera.
—¡Mía que caerse aquí! (dijo una chula
muy guapota y muy *barbi* y muy flamenca,
dejando de bailar un vals ceñido).
Irá borracho. ¡Pa lo que eso pesa!—
Y anudando el pañuelo á la cintura,
volvió para agarrarse á la pareja.

SINESIO DELGADO.

NO HAY TALES BORREGOS

No hay tal benevolencia, ni *corrosiva* ni de otra clase. Digo esto á mi querido amigo *Clarín*, que sigue en su manía de apodararme benévolo *corrosivo*, porque tengo por buenas obras que á él no se lo parecen. Llámelo enhorabuena ignorancia, mal gusto, error de concepto, lo que quiera; pero ¿por qué nombrar á eso benevolencia?

No es benevolencia seguramente lo que me inspira la admiración que por *Clarín* siento; sí, señor: yo quiero á *Clarín* como amigo; le estimo como antiguo compañero de fatigas, y hasta si se quiere de glorias, que algunas se cosecharon en la campaña que juntos hicimos; pero más que estimarle y más que quererle, le admiro, por la agudeza de su ingenio, por lo vasto de su instrucción, y aún más que por eso, y aún más que por otras condiciones de que prescindir, como la innegable claridad de su entendimiento, lo donoso de sus ocurrencias, el gracejo de su lenguaje, etc., etc., por su prodigiosa laboriosidad.

Clarín es catedrático, y yo, que le conozco bien, sé, sin que nadie me lo diga, que consagrará á la cátedra toda la atención y todos los cuidados y todo el tiempo que su buen desempeño exija; *Clarín* escribe artículos en casi todos los periódicos literarios de España; *Clarín* publica novelas; redacta folletos; lee mucho, y de que lee mucho dan clara muestra los trabajos de crítica, debidos á su fecundidad inagotable; además es concejal (no sé si lo es aún, pero sé que lo ha sido), y pensando en todo esto ocurrele á cualquiera preguntar como el otro: "Pero, señor, ¿cuándo hace usted los sombreros?", "¿Cuándo *concejalea* usted, amigo Alas?", Calcúlese, por consiguiente, si habrá halagado mi amor propio el saber que, aun en medio de tantas y tan abrumadoras atenciones, hallaba mi buen amigo algunos ratos que dedicar á leer artículos míos, que por ahí, no sé por dónde, aparecen de vez en cuando.

Justamente á uno de esos trabajillos se refieren algunas palabras que *Clarín* me dirige en su *Palique* del número anterior de este semanario, y por eso yo, después de darle las gracias (de corazón) por su cortesía, voy á decirle algo que, por lo visto, no acerté á expresar claramente en el artículo que ha motivado los párrafos del *Palique* á que aludo.

En primer lugar, yo no he exigido ni exigiré á nadie que lea de cabo á rabo los libros para juzgarlos; comprendo perfectamente que en algunos casos, en la mayor parte de los casos, basta la lectura de una sola página para juzgar la obra y hasta para *clasificar* al autor. Pero la verdad es que, á las veces, suele llevarse uno en esto de juzgar deprisa y corriendo solemnemente

chascos: no ha muchos días leí un artículo, muy ingenioso por cierto y muy donosamente *parlado*, en el cual se empleaba la voz *atavismo* por *estrabismo* (que no es mal gazapo); en otra ocasión, y no hace muchos días tampoco, tropecé en un diario, y en la sección literaria, con el vocablo *latente*, empleado para expresar la idea de *patente* (que, como decía el otro, es exactamente lo mismo, sino que es todo lo contrario); ahora mismo estoy leyendo un libro, muy bien pensado y muy juiciosamente compuesto, en el cual el autor escribe *alhagos* en vez de *halagos*; y aún no han transcurrido dos semanas desde que en un artículo de literatura y de teatros me encontré con un *expontáneamente* que me dejó frío.

Si yo, al tropezar con *gazapatones* de ese calibre, hubiera fallado, sin continuar mi lectura, que los autores de los trabajos en que se encontraban eran unos ignorantes, que no conocían el latín, no sabían una palabra de castellano, hubiérame echado la ceniza en la frente, porque quiero advertir á ustedes que el del *ex-pontáneamente* era yo mismo; yo que soy, en efecto, un pobre pelele en esto de *literatear*, pero que no escribo así esa palabra; y el del *atavismo* por *bisojismo* (1), y de *latente* por *patente*, y el de *alhagos* por *halagos*, son tres buenos y muy celebrados escritores á quienes los cajistas, ó acaso sus malas letras (porque las hay muy malas), hicieron decir lo que ellos no habían dicho.

Pero voy más allá en mis concesiones: admito como hipótesis (hipótesis absurda desde luego) que esos escritores no conozcan el significado de la palabra *atavismo* ó la ortografía de la dicción *halagos*. ¿Y qué? ¿Serían por eso menos clara su inteligencia y menos envidiables sus aptitudes? Pero, lo repito, esto solamente como suposición puede admitirse, y dicho se está que eran erratas; erratas que, en algunas ocasiones, pueden ser atribuidas indebidamente al autor.

Tampoco he dicho yo que necesariamente el drama de mi buen amigo Dicenta, *Los irresponsables*, haya de gustar á *Clarín*; he dicho, sí, que á mí me gusta, y que comparando este drama con el primero del mismo autor, *El suicidio de Werther*, se echa de ver un progreso real, innegable, en el autor dramático. Este progreso que, tratándose de un escritor muy joven aún, debe suponerse—y los que conocen al autor lo aseguran—que no se detendrá aquí, me permite suponer que en el plazo de diez años, señalado por mi amigo *Clarín*, se habrá modificado la opinión de éste con respecto al autor de *Los irresponsables*.

Queda, pues, aceptada la apuesta que *Clarín* me propone para dentro de diez años. Y la acepto porque estoy seguro de ganarla. En otro caso no la aceptaría; porque primeramente no sé si para cuando ese plazo termine andaré yo por estos mundos, y *segundamente* porque sí sé que, caso de vivir aún, no había de tener las mil pesetas de la apuesta. Razón por la cual me vendrían las dos mil que *Clarín* habría de pagarme como pedrada en ojo de boticario.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

EL PEOR DE LOS OFICIOS

Si uno se va á un carnicero,
por muy amigo que sea,
á pedirle que de balde
le dé un kilo de chuletas,
es lo probable que el hombre,
si accede la vez primera,
lo que es al segundo ataque
de fijo agarra una pesa
y al carnívoro importuno
se la estampa en la cabeza.
No hay zapatero que ponga
por amistad medias suelas,
ni sastre que por un «gracias»
ribetee una chaqueta
ó dé vuelta á una levita
modificando la prenda.
¿Qué escribano echa una rúbrica
sin que le paguen por ella,
qué bailarina da gratis
un salto y cuatro piruetas,
qué panadero madruga,
qué cochero no se acuesta,
qué tabernero bautiza,
ni qué torero capea
sin que en premio á sus servicios
no cobre la recompensa,
chica ó grande, en oro ó plata,
con arreglo á sus faenas,
el tiempo desperdiciado
y el gasto de inteligencia?
Todos trabajan y cobran,
ó si les deben se quejan;
sólo aquí el desheredado
de la suerte es el poeta.
—¿Quiere usted hacerme unos versos
felicitando á mi suegra
y pidiéndole tres duros?

¿A usted eso qué le cuesta?

—Aquí le traigo á usted un álbum
de la señorita Estrella
para que en unas quintillas
le diga usted cien lindezas,
y aunque ella á usted no conoce
ni usted la vió nunca á ella,
en dos plumadas despacha
usted esa bagatela.
—Hombre, yo tengo una novia
hija del sastre Pisuerga,
y quisiese en unos versos
decirle cuatro ternezas;
hágamelos en un rato
buenamente cuando pueda,
y mañana por la noche
va usted al café y me los lleva.
El uno un brindis en verso
para un almuerzo en la Perla,
otro pidiendo aguinaldos
en Pascua de Noche Buena,
quién demandando un destino,
éste para que lo asciendan,
Rosario para una boda,
para un abanico Petra,
un cómico un finalito
para acabar una pieza,
mi novia Amparo por gusto,
y la hija de la portera
para damas y galanes
unas cómicas endechas
que han de venderse á diez céntimos
por las calles y plazuelas;
y á fin de año se liquidan
los frutos de estas tareas
y resultan saldo en contra:
de papel blanco tres resmas,

(1) Conste que empleo esta voz sin permiso de la Academia; pero que no me parece exótica.

catorce frascos de tinta,
diez dolores de cabeza,
una cajilla de plumas
de acero de letra inglesa,

el buen gusto *avinagrado*,
y de plus..... ni una peseta,
porque como dicen todos,
«A él ¿qué trabajo le cuesta?»

CALIXTO NAVARRO.

LO VULGAR

No hay en mi vida causa ninguna
ni para queja ni para nada,
y es mi fortuna poco oportuna,
pues los favores de mi fortuna
no son ni chicha ni limonada.

Ni soy muy malo, ni soy muy bueno;
me gusta el agua, me gusta el vino;
disfruto á veces y á veces peno.....
y no soy rubio, ni soy moreno,
ni soy mulato, ni soy albino.

Tranquilamente, sin esperanzas,
desasosiegos ni simpatías,
pasan mis días sin destemplanzas
y tengo siempre las mismas danzas,
pues son iguales todos mis días.

Ni mucho aguardo, ni mucho quiero;
sé que en mi casa fuera inaudito
pedir faisanes *al cocinero*,
y me conformo con el puchero,
¡y hasta lo como con apetito!

No veo flores donde no hay flores;
no me entusiasmo con los placeres
de los poetas y soñadores,
ni siento fiebre de los amores,
ni soy esclavo de las mujeres.

Hacia el destino que desenfrena,
ni voy despacio, ni voy deprisa;
y al ver del mundo la gran escena,
todo lo triste me causa pena,
todo lo alegre me causa risa.

Y sé de sobra que aquí he venido
para la lucha que nos quebranta,
para el combate de haber nacido,
¡que es muy hermoso ver al caído
cobrando fuerzas que se levanta!

Que en la desgracia vive la suerte;
que en los fracasos la gloria anida;
que no se vive si se convierte
en triste espera de nuestra muerte
¡el corto plazo de nuestra vida!

Combate..... lucha..... soñar..... dinero.....
amor..... pasiones..... ¡es muy bonito!
mas me conformo con mi puchero,
y Dios me guarde, como yo quiero,
por muchos años el apetito.

ANTONIO MONTALBÁN.



Un corresponsal de Murcia da cuenta del estreno de un drama en el beneficio del Sr. Cepillo, participa el buen éxito, y luego añade como co-letilla:

«La interpretación ha sido perfecta.»
¡Caramba, qué suerte tienen en Murcia!
¡Poder aplaudir á una compañía á la cual salen las cosas perfectas!
Facultad de que sólo disfrutaba hasta ahora el Supremo Hacedor.

Pidiendo un beso á Irene
lleva tres años Juan, día por día.
Si le hubiera logrado, no tendría
ni la mitad de la ilusión que tiene.

—¿Ha votado usted en las últimas elecciones?
—Sí, señor.
—¿A quién?
—Pues..... á la Emulsión Scott.
—¡Hombre!
—Verá usted, yo recorté la candidatura republicana de *El Liberal* para pegarla en un papelito y echarla en la urna, y la pegué y la eché efectiva-

mente. Pero me he acordado después de que puse la goma al contrario y dejé á la vista un pedacito de la plana de anuncios.....

A tu mano, Catalina,
dices que hay un candidato.
¡No se darán en tu tierra
habichuelas, pero cándidos!....

Llevo un dolor en el pecho
que causará mi desdicha.....
¡Tendría lances que luego
resultara pulmonía!

SANDALIO GARCÍA GONZÁLEZ.

En Barcelona, con motivo de la visita de Salmerón, se han verificado unas brillantes cargas de caballería.

Según parece, las susodichas cargas han constituido un alarde de fuerza completamente inútil y extemporáneo, por el cual los periódicos de oposición hacen cargos durísimos al Gobierno.

Por Dios, señores, tengan ustedes en cuenta que la nación sostiene un ejército numeroso, que le cuesta un ojo de la cara, y que no sabe en qué emplearle.....

Si no le luciera de vez en cuando, ¿qué iban á pensar las otras potencias?
¡Que somos unos *méndigos*!

Leamos:
«Para el baile que el próximo viernes 6 del corriente debe celebrarse en el hotel de los Marqueses de la Puente y Sotomayor se ha convenido en que las señoras vayan con el cabello empolvado.»

¡Gracias á Dios!
Ahora ya nos puede importar un rábano la triple alianza.

Libros:
Los gnomos de la Alhambra (proceso de un Jurado), por D. Antonio Peña y Goñi. Este folleto, escrito con la fina sátira y el amenísimo estilo que ha dado justa fama á su autor, ha producido y seguirá produciendo durante mucho tiempo gran impresión entre la gente de arte.

Es una brillante defensa del poema sinfónico de Chapí y un varapalo de órdago al Jurado de Granada, que no sólo desechó la composición, sino que ha procurado en vano defenderse.

Cuesta el folleto una peseta.
Salir del paso, juguete cómico en un acto y en prosa, original de D. Miguel Portolés, estrenado con gran éxito en el teatro de Ruzafa, de Valencia.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Juan y Federico.—A ustedes les da por ahí. Sea enhorabuena. A otros les da por el volapük y nadie les dice una palabra.

Sr. D. J. M. V.—Madrid.—Una y otra son vulgaridades. Y la forma no es todo lo correcta que fuera menester.

Un escritor.—Dicho de esa manera está echado á perder el chiste, si le había.

Varel.—Majadería manifiesta.

Tasco.—Idem oculta.

Chaparrón.—Medianas ambas.

Sr. D. V. G.—Madrid.—Bueno, ¿y qué? Aquí no hacemos artículos necrológicos cursis. Y es chocante la manía de echarlos de menos.

Sr. D. E. F. D.—Sí; creo que se recibió, pero no era publicable.

Queculet.—El soneto es de una seriedad hueca pasada de moda, y el epigrama es otra vulgaridad del mismo tamaño.

Sr. D. P. H. L.—Sevilla.—¿Pero seriamente cree usted que eso es un dibujo? Así lo hacen todos los niños de la escuela.

Sr. D. B. G.—Cartagena.—Sin encuadernar, sí, señor; encuadernadas todavía no. Puede ver los precios en el anuncio correspondiente.

Rampa.—¿Y por qué regla de tres he venido yo al mundo obligado á leer todo lo que quiera usted enviar, y á dar mi opinión y á discutirla con usted en toda regla? No quiero, y no lo hago.

Sr. D. M. de S.—Huerto.—No la conozco, ni es tampoco cosa del otro jueves.

P. ta?—Con franqueza, no están mal medidos los versos, pero no tienen nada más que eso, lo cual es muy poco. Les falta naturalidad, soltura, novedad, etc., etc. Esto al poeta. A la dama..... bésóle los pies.

Toreibol Lam.—Son muy apropiados para albums ó abanicos, pero aquí no *cuajan*. No están mal hechos del todo. Y no diga usted nunca, por ejemplo, *preclaro afán*, porque no es castellano y es ríspido además.

Chapeo.—¿De veras tiene usted trece años? Pues no escriba hasta que tenga veinte. Porque ahora se pierde el tiempo. Hay que estudiar antes.

Almirez.—Compadre, el ser de Cádiz no quiere decir que sea uno gracioso por fuerza. Porque el andaluz que sale *patoso*.....

Verbigracia *ustez*,
señor de Almirez.

Gasparola.—No es publicable ninguna, por desgracia ó por fortuna.

Srta. D.^a L. L. de R.—Sería lástima que fuera usted mujer efectivamente, porque es usted tonta de capirote.

S. S.—Cuide usted de evitar las asonancias en lo sucesivo, porque, en cuanto las evite, versificará usted regularmente.

ENTRE ELLOS



—Pos la ordenanza bien claro lo dice: *Artículo primero:* El militar tendrá una novia cocinera. *Segundo:* La pedirá toos los días la metá de la compra. Y *tercero:* De esta metá dará tres cuartas partes á su jefe inmediato.....

Est. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos por certificado, á vuelta de correo.